

San Diego, Calif.
Septiembre 2 de 1938

Sr. Don
Rubén Romero
México, D. F.

Muy estimado y fino amigo:

Deseo hacer presente á Ud. mi agradecimiento, profundo y sincero, por su gentileza al enviarme su último libro, "La Vida Inútil de Pito Perez", con el cual ha enriquecido Ud., una vez más, la literatura mexicana. Esta nueva novela de Ud., de ambiente rural de su bella tierra Michoacana, es atractiva en su lectura, proporciona placer, sus narraciones son de un formidable realismo y de un arte muy personal, y se llega á la conclusión de que está escrita por un psicólogo de fondo.

Al terminar de leer este libro siente uno el deseo de preguntar al amigo: ¿No ha leído "La Vida Inútil de Pito Perez" de Rubén Romero?

Mis calurosas felicitaciones por su libro.

Reconózcame como su amigo,

P. Elías Calles
P. Elías Calles

PEC/gc

José Rubén Romero
Embajador de México

2

LA HABANA, 8 de mayo de 1940.

Sr. General de División
don Plutarco Elías Calles.

SAN DIEGO, Cal.

Muy estimado señor y fiño amigo:

En nuestras cotidianas conversaciones con Tencha y Fernando, no ha pasado día sin que recordemos a usted y nos refiramos a su estancia en San Diego.

Sus hijos piensan, y con razón, que un cambio de ciudad podría ser grato para usted y que entre San Diego y La Habana, esta última se adapta más a nuestro carácter mexicano por el idioma, costumbres, panorama, etc. Si usted quisiera descansar de su estancia en esa ciudad, en La Habana encontraría mayores entretenimientos, y se podría conseguir una finca, como aquí se les llama a las granjas, con terrenos apropiados para pequeños cultivos y para aprovechamientos avícolas, a diez minutos de la capital.

La Habana es una ciudad netamente española que conserva íntegras sus costumbres, a pesar de la proximidad y de la influencia de Estados Unidos. El carácter de los cubanos es muy parecido al de los andaluces y pasan la vida sin conceder a las cosas esa importancia trágica que nosotros les damos.

Mayores datos relacionados con la vida económica, se los podrán dar a usted Tencha y Fernando, quienes, al parecer, se encuentran contentos aquí, dándome con ello una mayor satisfacción.

Ya sabe usted que si en algo puedo serle útil y que si usted resuelve venir a La Habana por unos meses, para cambiar de ambiente, espero se tomará la molestia de indicármelo y yo procuraré servirle con verdadero gusto.

Con toda atención le saluda su afectísimo amigo,

J. Rubén Romero

San Diego, California
Mayo 18 de 1940

Sr. don
José Rubén Romero
Embajador de México,
La Habana, Cuba.

Muy estimado y fino amigo:

Su muy amable carta de fecha 8 de los corrientes fué en mi poder el día 12 y hasta hoy he podido contestarla debido a que he pasado estos últimos días sumamente preocupado tratando de salvar la vida de mi amigo y compañero, el Sr. Gral. José María Tapia, quien fué sometido a difícil operación quirúrgica en uno de los hospitales de esta ciudad. Afortunadamente la ciencia ha logrado un triunfo, y hoy me comunicó el cirujano que el paciente ha pasado el momento crítico, y considera que ya está fuera de peligro.

Refiriéndome a su grata citada, quiero hacer a Ud. presente mi reconocimiento por su bondadosa invitación para pasar una temporada en ese bello y hospitalario país; pero, distintas atenciones, principalmente de carácter familiar, me obligan, contra mis deseos, a permanecer en este país por algunos meses más. Es posible que estas condiciones que señalo puedan cambiarse y, de ser así, podré disfrutar de una estancia, aunque sea corta, en Cuba, y me daré la satisfacción de frecuentar su amistad que tanto aprecian mis hijos que se encuentran en ésa. De presentármese la oportunidad de hacer este viaje, con toda oportunidad se lo comunicaré a Ud. para que me favorezca con sus indicaciones.

Con recuerdos cariñosos para mis hijos y deseando todo género de satisfacciones para Ud. y los suyos, quiero que me reconozca como su muy sincero amigo.

PEC/gc



CORREOS Y TELÉGRAFOS RADIOMEX

Servicio Radiotelegráfico a todo el Mundo en conexión con las
Estaciones RCA-New York, TRANSADIO-Berlin, TRANSADIO-Madrid,
Chapultepec-Habana, etc.



#2 CLA CC CK26 CARTNOCT HABANA 5 MAY 941 525PM

GENERAL PLUTARDO ELIAS CALLES
GUADALAJARA- 104
MEXICODF

CARTA NOCTURNA

SIN RENUNCIAR AL PLACER DE TENERLO PROXIMAMENTE EN ESTA
SU CASA FELICITAMOSLE POR SU REGRESO A LA PATRIA DESEANDOLE QUE
LO ACOJA CON LOS BRAZOS ABIERTOS

J RUBEN ROMERO

VB1850

USE USTED ESTA VIA PARA SU CONTESTACION

TODO TELEGRAMA DEBE LLEVAR EL SELLO DE LA OFICINA

ERICSSON: { 2-47-47
2-31-41

LEA USTED EL REVERSO

MEXICANA: { L-78-00
EXTENSION: 2-47

J. RUBEN ROMERO

SEMPLETA DE UNA MUJER

Imitación de discurso leído por su autor en la

Academia Mexicana de la Lengua

30 de agosto de 1941.

"El hombre crea sus
obras con el cerebro;
la mujer con el cere-
bro y el corazón".

Jorge Sand.

Señoras y Señores:

Ante todo, necesito recurrir al pobre artificio de unas gafas para poder dirigirme a vosotros, y son ellas, tristemente, el único atributo académico que poseo.

Don Alejandro Quijano, en carta cuyo estilo redondo y pulcro es fiel imagen de su persona, invitóme a pronunciar unas palabras en el seno de la Academia Mexicana de la Lengua, a la que correspondo desde ha siete años, por obra y gracia de unos cuantos amigos.

Quiero confesar un pecadillo de vanidad: cuando fui electo para ingresar a esta sabia Institución, me creí un hombre dotado de cualidades superiores y adopté la postura, asaz chistosa, de un dómine engreído y fachendoso. Pero bastaron unas líneas del Señor Director, para que se desmoronara toda mi grandeza.

Se me reclama un discurso y se espera de mí, lógicamente, el trabajo que corresponde a un académico: algún estudio de filología, de historia, de gramática o de literatura, con citas en un griego cuya fuente mane de la propia elocuencia de Timón, el de Atenas, o en un latín que huela a trébol virgiliano. ¡Pobre de mí, académico de gramática parda, historiador sin fechas y sin fichas, filósofo peripatético, tan sólo por las lecciones que recibo en mi constante vagar por los suburbios y por las plazuelas; malabarista del lugar común, recolector de donaires y de palabrotas de esas que suelen florecer no más en las cuadras de los viejos mesones! Aquí estoy, confuso y avergonzado, por no tener un tema digno de vosotros.

Yo no puedo contaros brillantemente la batalla de Marathón, ni haceros la apología del Verbo. No he leído al Estagirita, ni sabría discernir la diferencia que existe entre la etología y el fideísmo. Jamás po-

dré aderezar una crónica de la Vieja Calzada de Tlacopan, ni componer la Historia de la Nación Mexicana. ¡Fijaos bien en el dolor de mis afirmaciones!

Si como lo define el Padre Ripalda, envidia es la tristeza del bien ajeno; ¡yo soy un gran envidioso, un envidioso hasta el sacrificio: me dejaría cortar los brazos por escribir el Quijote; arrancar ambos ojos por El Paraíso Perdido, y cargaría satisfecho el fardo de una giba, con tal de haber enendrado La Verdad Sospechosa!

He aquí, pues, a un académico desnudo de todo ornamento, cuyos ojos apenas pueden ver el paisaje nativo y se detienen, con la limitación de su rudimentaria cultura, en las cosas triviales y en los seres domésticos.

Mi literatura, volando a ras de tierra, se nutre con elementos de una simplicidad primitiva: la choza, el árbol o la fuente; mi estilo, podría definirse como una mera transcripción de conversaciones plebeyas, y mi paupérrimo conocimiento de los seres, no necesitaría, por nulo, la clasificación de un Andrónico de Rodas. Si no puedo ahondar en mí mismo, ¡cómo intentar hacerlos en el espíritu de los demás! Para pintar con trazos firmes personajes imperecederos, tendría que haber estudiado esa ciencia casi divina que analizando el alma hace la disección del pensamiento, de la voluntad, del odio y del amor. Así como para Pitágoras el ser es el número, para Platón la unidad de las cosas y para los escolásticos el Supremo Hacedor, mi cerebro, que jamás ha cruzado el umbral de la metafísica, solo alcanza a definirlo como una emoción externa que corre de la risa al llanto.

Voy presuroso por el mundo como un turista ignorante por los salones de una rica pinacoteca. Aquí contemplo un paisaje crepuscular de áureas tonalidades —oro en la nube de los cielos, oro en el trigo de los campos— y, como un contraste de dolor, bajan por una senda los segadores de la parva. Hay una luz de llanto en sus pupilas y en sus rostros se ven los zarpazos

del hambre. Allá, acierto a mirar el talante de un guerrero sobre fondo de sangre y de ruinas. De entre las piedras preciosas de su armadura y bajo el caudal multicolor de las plumas del casco, emerge su rostro con la insolencia de un bigote de crines ásperas y sucias. Acullá, me cautiva la visión de una mujer desnuda: su cuerpo tiene el rosicler del alba, el azul de la tarde quema sus ojeras y la noche tiñe de sombras sus guedejas. Veo en el ángulo de una galería a un niño pálido que medita con la tristeza de un viejo, y sobre el césped de un jardín, a un anciano que ríe con alegría de niño.

¡Cuán abundante venero para un observador psicológico, pero no para mí, que me detengo en el detalle mínimo: en el oro falso del cielo; en el nácar engañoso de la carne; en el ridículo bigote del héroe; en la risa inconsciente del viejo.

¿Y el hálito de donde arrancan las acciones? ¿Y las mónadas? ¿Y la razón que incuba el pensamiento, y el tránsito de una percepción a otra, y las vibraciones del estado interior de los seres?

Que no hable quien no sepa de estas cosas...

Para la confección de este discurso sólo tengo a mano un álbum de viejas fotografías. Todas son de la misma persona: de una mujer. No importa su nombre, pero en verdad os digo que para hablaros de ella no reclamo la luz de la ciencia, sino cuanto de noble, de tierno y de generoso pueda encerrar mi corazón.

I

Al levantar la cubierta del álbum encontraremos el retrato de una niña, de cinco a seis años de edad, ataviada como una persona mayor, con su vestido de gro, a la moda de 1865, su manteleta y sus botas de raso que aprisionan unas piernecillas gordas y bien dibujadas. La niña tiene unos grandes ojos reflexivos y una expresión en el rostro, de seriedad y de reserva, que contrasta con sus breves años.

Sirve de fondo al retrato, una casa de pueblo, grande, alegre y soleada. El padre de la niña la construyó en terrenos de una huerta para él tan querida, que por no abatir los árboles frutales quedaron algunos dentro de la finca como guardianes de las puertas, a las que tocan discretamente con los nudillos de sus ramas, apenas se expande en el viento la primera llamada a misa. Languidecen los árboles condenados a vivir en la sombra y, así, los minúsculos corazones de las granadas han perdido en tamaño lo que ganaron en dulzura.

En el patio de la casa hay un pozo profundo al que la niña se asoma como al tubo cambiante de un caleidoscopio.

Cual un ciego trotamundos, el río pasa tentaleando con su bordón de cristal las bardas de la huerta. La niña está acostumbrada a escuchar desde que nació, sus romances y sus rezos; y no la inquietan gran cosa los tumbos de las crecientes, a pesar de que algunos años pasan como jaurías desatadas brincando por sobre de las tapias de la huerta.

Prestemos vida, por unos momentos, a la niña de la fotografía y hagamos que abandone esta estirada y difícil postura en que la colocaron para retratarla. ¡Ya se mueve! ¡Ya camina! Pero no tiene los alocados movimientos de todo infante travieso y juguetón. Ella hace sus cosas con la cir---

cunspecta actitud de una digna matrona, ya acune entre los brazos a su muñeca de rizos de porcelana; ya se instale en la galería con su silla y su bastidor de bordar, o riegue con su pequeña regadera el arriate de los encendidos tulipanes.

Tiene diez hermanos varones, de losque, el más pequeño, le dobla a ella la edad. Todos le sirven de maestros porque, siendo la última de la familia, es la primera dentro de la casa.

Juan la enseña literatura y la hace leer, en voz alta, párrafos del Quijote, que ella retendrá en la memoria durante toda su vida y recitará con gran deleitación: Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos...

Nicanor, el de las grandes barbas nazarenas, la enseña a dibujar flores primorosas, manos y pies, portadas de templos y rostros tan armoniosamente compuestos como sólo pintados se suelen ver. Corriendo los años, ella a su vez, transmitirá gratuitamente sus conocimientos de la pintura a quienes los soliciten y algunos de sus discípulos alcanzarán fama y gloria, como Gilberto Chávez, el mejor paisajista de México.

Su hermano Isidro, de por sí tan bondadoso y taciturno, enséñale aritmética, y Francisco, el alegre trasnochador de la familia que sólo sabe tañer la guitarra y contar, como yo, cuento picantes, la enseña a cantar lo mismo la habanera que narra, con triste cadencia, el amor de un negrito esclavo por su blanca señora, que la canción patriótica con que México desahoga sus penas como protesta por la extraña invasión que padece.

Como ella tiene la discreción de un viejo, nadie osa sospechar que sirva de sigiloso y diligente correo entre unos oficiales chinacas ocultos en la guardilla de su casa, y otros que igualmente quedaron escondidos en la de don Rafael Degollado.

(Este don Rafael Degollado luchó también por la Reforma, como su hermano Santos, pero nuestros historiadores lo tienen proscrito?

Gracias a los recados verbales que con tanto disimulo llevó la niña, pudieron escapar del pueblo, bordeando el cauce del río, los ocultos defensores de la patria. Ella de su casa a la otra con el aire de una niña pobre, a quien la necesidad echaba a la calle en busca de lo más preciso. Encontrábanla los soldados franceses y ella les sonreía con tal ingenuidad que era imposible que su paso despertara sospecha alguna. Acción es ésta que, por sí sola, merece premio y alabanzas.

El tiempo, que todo lo siega, cegó a su hermano Francisco, quien después de entonces pulsa con más ahínco la guitarra, cantando en compañía de la niña, endechas a la luz y a las flores, ¡a la luz y a las flores que él ya jamás podrá admirar!

También otro Francisco, su tío materno, le da una cátedra de suma importancia: el arte culinario, la vieja cocina provinciana cuyas recetas se transmiten de generación en generación, dentro del más estricto secreto. Ella átese a la cintura un gran mandil y trepa sobre un banquillo para preparar el postre del día: flan, decorado con flores de azahar; ante, pécoso de canela; huevos reales, tan escasos ya en los tiempos que corren.

Los amigos llegan para hacer la tertulia de sobremesa y elogian los dulces que son un prodigio.

Por hacer rabiar al tío, el Señor Cura dirá que la niña cocina mejor que don Francisco, y, para corroborarlo, pica de todas las confituras; pero ella contesta, con su circunspección acostumbrada:

-Yo solamente le di el punto a la miel; los huevos los puso mi tío.

Si hay alguna mala intención en la respuesta, no se percibe en el gesto, y, por lo tanto, nadie puede acusarla de irrespetuosa.

La niña ya sabe conversar y discutir con aplomo. Hay sospechas de que ella es quien escribe las cartas de las sirvientas a sus novios, y en las misivas un repique de consonantes denuncia su incipiente afición al verso.

Cuando se trata de festejar el onomástico del Señor Cura, se fijan en ella, magüer sean cortos sus años, para confiarle el principal papel - en una pieza dramática. Con su privilegiada memoria retiene todo el libreto, y es ella la que al ensayar los diálogos sirve de traspunte a las muchachas que representarán la obra.

Unas horas antes del festejo -¡oh, sino fatal y desdichado!- sorprendieronla sus papás en el retrete de la casa fumando con fruición un cigarrillo. Sus progenitores pusieron el grito en el cielo y la conminaron para que dejara una senda que, sin duda, conduce a la perdición de las almas. Ella escucha sumisa, pero el resentimiento del regaño merma las facultades de su garganta, de manera que, al levantarse el telón, su voz deja escapar un infantil sollozo.

La actriz de carácter sostiene con ella un patético diálogo y no sé por qué, ni para qué, pídele consuelo, pero con gran sorpresa del auditorio -que se sabe de memoria todos los parlamentos por haberlos oído ensayar en la intimidad de sus casas-, la niña se sale del original y con increíble desparpajo improvisa su respuesta:

Si me pides un consuelo
te daré un cigarro:
aguja que enhebra el sueño
y fosforece en la noche
como los ojos de un gato.

El humo de un cigarrito
disipa los sentimientos
y borra de nuestra mente
peligrosos pensamientos.

Si me pides un consuelo
quisiera darte un cigarro,
mas, por mi edad me lo vedan,
como si fuera pecado.

Fuma el rico y fuma el pobre,
fuma el discreto y el tonto,
¿yo seré menos que un pobre,
o seré menos que un tonto?...

El drama sufrió un colapso, entre las risas de los varones y los as-

pavientos de las señoras. Después, el Señor Cura reprendió a la niña, pero sus severas palabras contrastaron visiblemente con la ternura de sus ojos..

-Vámonos para la costa -decían con regocijo todos los hombres de la región, alistando sus reatas de mulas, la ancheta y las provisiones del bastimento.

Para ir a la costa, denominada así tan sencillamente, había que atravesar toda la República y desembocar en las playas de Veracruz, a la altura de Nautla. Allí daba principio la ruta tradicional que toca Tabasco, Campeche y que, doblando por el Cabo Catoche, cruza Belize para terminar en las tierras feraces de la Vera Paz, ya muy adentro de Guatemala.

¿No despierta vuestro interés el conocimiento de aquellas proezas realizadas modestamente por hombres tan esforzados, quienes lo mismo desafiaban las tormentas del cielo que el látigo abrasado de los soles del Trópico así como la pavorosa soledad de las montañas y burlaban el asalto de los fascinerosos?

Castos, sin haber hecho voto de castidad, y disciplinados y valientes, sin abrazar la profesión de las armas, cada uno de estos pacíficos descubridores, merecería como cronista a un Bernal. Ellos fueron el eslabón entre los mexicanos de la Meseta Central y los compatriotas que habitaban regiones tan distantes como si hubiesen correspondido a otro mundo.

Las pezuñas de los hatajos imprimieron sus puntitos negros sobre nuestra carta geográfica para que después, sobre de ellos, se trazaran las rutas de otra nueva y mecanizada civilización.

El señor don Isidro, padre de nuestra niña, y los hermanos de ella, emprendieron, una vez más, el viaje. Iba el jefe de la familia en su mula andadora y Ponciano en el petro que vendería por tierras de Tapachula; el joven

Isidro, llevando las cuentas de lo fiado, y Nicanor las del recaudo y el repuesto. Seis fornidos arriegos hacían los menesteres de la carga y de la descarga y el mozo de la yegua madrina tenía a su cuidado los bártulos para alimentar a la tropa.

Salieron todos los de la caravana ilusionados y contentos, que los largos caminos son buenos telares de esperanzas y la juventud espuela tintineante que nos ayuda a aligerar el paso.

Pero Fortunio caprichoso volvió la espalda en esta expedición a los viajeros. Isidro y Nicanor se vieron atacados por las cuartanas, y un día con los fríos y otro con las fiebres, tuvieron que seguir tierra adelante, sobre el lomo cansino de las bestias, hasta llegar a Tenosique, en donde se dispuso un alto para que los enfermos recobrasen las fuerzas perdidas.

El ocio y el calor empujaron al señor don Isidro hacia los brazos de una lánguida costeña y de entre ellos tan sólo pudo arrancarlo el recuerdo de su virtuosa mujer, pero llevando ya en la sangre un mal infecto. Apresuró por ello el trueque de las mercancías y cargando sus mulas emprendió la vuelta a su casa. El venía bajo el yugo de una gran inquietud, la que produce en el hombre toda enfermedad avariósica y apenas cambiaba razón con sus hijos, encerrándose en un silencio de muerte.

Una tarde soltaron aparejos cerca del Monte de las Cruces. La luz corría a esconderse detrás de una cortina de menuda lluvia.

De pronto, fueron sorprendidos por las fuerzas imperialistas de Leonardo Márquez, y como Ponciano, sin contar el número de los enemigos, requiriera la carabina, un tiro certero lo desplomó sobre la humedecida yerba.

El señor don Isidro, en este lance, perdió unos treinta mil pesos, a mén de lo que no tiene precio: la vida de su hijo Ponciano, el mayorazgo de su casa. A ésta regresó el viajero, después de innumerables sinsabores, sin caudal y con el alma rota por la pena. Llegó a su casa, digo, y humil-

demente confesó a su mujer el haber pecado y el traerle la sangre emponzoñada.

Con tal cúmulo de males y en derrota su ánimo y su cuerpo, decidió encerrarse dentro de las paredes de su casa para que nadie, ajeno a ella, le mirase la ruina del rostro. Cuatro años duró esta voluntaria clausura y durante ellos la niña no se apartó de su padre. Ella fué su lectora y su barbero, su escribano y su dama de compañía. La niña se convirtió en una madre cariñosa y el padre en un niño enfermo a quien la muerte acecha.

Un día la penumbra de la alcoba devolvió su preso a la luz de la calle, sobre los hombros de sus hijos y en un modesto ataúd. Detrás de él caminaba una niña triste, vestida modestamente de negro. ¿Una niña? ¡No! Una mujer, la que retornaba a la vida después de cuatro años de abnegado encierro.

La rosa abrió su espléndida corola, en un invernadero de soledad y de dolor...

II

La siguiente fotografía nos muestra a una mujer joven y hermosa, de pie, cerca de una columna, luciendo con garbo un vestido de polizón, un bolero ajustado y una mantilla española prendida en la cabeza. Un gran -
tupé desborda sobre la frente sus pequeños ricitos negros, y para que no
aparezcan ociosas, las manos sujetan un devocionario. En el atuendo y en
el porte, échase de ver que la dama es muy principal. Vosotros ya la cono-
cisteis de niña y ahora la invitaremos a que abandone el viejo cartón de
la fotografía para que se mueva más a sus anchas y para que nos muestre
por entero la elegancia de su figura.

Ella y la madre viven solas en la casa paterna, que los hermanos -ex-
cepción de Francisco- se trasladaron a México en busca de fortuna. De a-
llí le envían esas prendas de ropa que sirven de admiración a las señori-
tas del pueblo, las pamelas y los lazos, los exquisitos pomos de esencias,
las sombrillas y los guantes, los finos chapines y todas las cosas que real-
zan la belleza femenina.

Como ella es discreta, sabe que el aroma mejor se guarda en el alma, pe-
ro mujer al fin, se rinde a los obsequios que le mandan sus hermanos y con
deleite los usa, ya para asistir a la misa mayor, ya para visitar a sus ami-
gas o para ir a la plaza las tardes de retreta.

Los muchachos de chaqué y de bombín -un Guízar, un Brambila y un Mendo-
za- la siguen con interés, sin lograr que se fieje en ellos, a pesar de que
literariamente, ya experimenta la inquietud de amar. En su afán de escribir
todo lo que piensa, sobre el primer pedazo de papel que tiene a rmo, apunta
estrofas que, después, se hallarán dentro de sus cuadernos de dibujo:

Amor ciega los ojos
y es, por esto,
que une las manos
para guiar los cuerpos...

También un alemán de pelo lacio y desteñido, la miró con sus ojos azules, de una inocencia sospechosa, y logró que la flecha diera en el blanco. Vibró dentro de la mujer ese toque sagrado, eternamente joven, indefinidamente viejo, precursos del suspiro, del rubor sin saber por qué y que conjunta el llanto con la risa, el deseo de la soledad con las ansias del ruido...

Como sus familiares notaran el cambio operado en ella, buscaron, y bien pronto dieron con la causa de su intranquilidad. Todos a una, cual si obedeciesen a un pacto secreto, comenzaron a susurrarle:

-Estarás loca si te fijas en un extraño.

-Es un húngaro.

(En aquellas tierras húngaro es sinónimo de gitano.)

-Recuerda el refrán que dice:

No te cases con extranjero;
él busca criada o dinero.

Los vecinos del pueblo entraron en tan enojosa disputa cual si el peligro de aquel transeunte los llamara a las armas. Había que defender a las mujeres de los advenedizos extranjeros, como se defiende a la propia patria.

-Si te dejas arrastrar de este intruso, nuestro ojos no volverán a verte...

A los consejos y a las imprecaciones de toda su parentela, ella, con sobrada razón, respondía:

-¡Si no sé ni cómo se llama el hombre!

Que así suele acontecer con las cosas que teje y desteje el pequeño dioscecillo vendado.

Pronto el alemán desapareció del pueblo, pero su imagen quedó en la mente de la joven, como una cosa indefinible que pudo ser... y que no fué,

pues no es dable a criatura humana desviar las rutas que traza el destino.

Llegó el hombre señalado para ella y no valieron amonestaciones ni halagos. Bastó que se vieran súbitamente se enamoraron, pese a los pocos encantos físicos de él, substituídos, con creces, por su ingenio y por su arrolladora simpatía.

Y como por respeto a las costumbres de la época no pudieron hablarse nunca, cartas fueron y cartas vinieron hasta concertarse la boda. Las misivas dejaron entrever fácilmente los caracteres: él hablaba de negocios, de proyectos, de haber adquirido un buen caballo y, algunas veces, de política. Liberal entusiasta, temía que la familia de la novia, tan llena de escrúpulos y tan apegada a la Iglesia, pusiera el veto para el matrimonio. Ella, en sus escritos, le contaba sus sueños o le comentaba sus lecturas:

-Terminé Atala, y he llorado mucho. ¡Cómo la amaba Chactas! ¡Tú me amarás así?...

Sus letras contenían desbordamientos líricos en una caprichosa métrica:

Ayer en el sol triunfante
ví tu semblante;
anoche en la luna llena
tu cara morena.

Y hoy es tanto mi deseo
de mirarte y de quererte,
que en todas partes te veo,
sin verte...

El novio era pobre, pero descendía de las mejores familias de Jiquilpan.

Llegó el día de la boda y a ella asistieron centenares de parientes: los de la novia, aceptando quierres que no quieras lo irremediable, y los del novio quienes salvaron una larga distancia para gozar de la fiesta: - desayuno, después de la misa de velación; comida, que por su abundancia recordara otras bodas famosas, las de Camacho el rico, y el baile, decorado con alegres polcas de punta y talón.

Cuando se despidieron los padrinos, y las músicas se apagaron, hubo que acomodar a las visitas que vinieron de fuera, en la casa de los recién casados. Instalaron al novio con sus hermanos, y a la novia con sus cuñadas, en la alcoba nupcial. Escogieron para que la hiciera compañía a una linda muchacha de Jiquilpan y con ella compartió el tálamo. Riendo y bromeando pasaron las mujeres la noche, y, oyéndolas, la desposada suponía que tales vayas y tan maliciosos donaires vendrían a cuento del chasco de su primera noche de bodas. Pero después supo que las burlas eranle dedicadas por compartir su lecho en tan grande ocasión y sin presumirlo, con la primera novia de su esposo, quien asistió a la boda para mejor disimular su desengaño.

Cobró la esposa venganza, escribiendo sus acostumbrados versitos:

En mi lecho te recibo
para mitigar tu pena
de quedarte sin marido,
siendo tan linda y tan buena.

Yo en mi sitio me acomodo,
tú, en el tuyo estate quieta;
a él no le atrajo tu modo
por astuta y por coqueta...

--oOo--

III

Aquí asoma un grupo familiar deliciosamente ridículo. Aparecen sentados, en sendas sillas de bejuco, el señor y la señora. El, descansa la diestra arrogantemente sobre una de sus rodillas y con los dedos de la otra mano pellizca la cadena del reloj, cual si quisiera arrancarle alguna nota melodiosa. Ella sostiene entre sus brazos a un pequeño bebé, que apenas se distingue dentro de su ropón vaporoso.

En medio del matrimonio se puede ver a un niño disfrazado de marinero, tan cuco y tan relamido que salta a la vista que lo vistieron así expresamente para retratarlo. Al ruido que produjo el obturador de la cámara, el chico cerró los ojos y abrió la boca, como dispuesto a recibir la sorpresa de algún confite.

Por detrás de los padres asoman una señorita muy almidonada y un adolescente gordinflón, quienes alargan los oídos como si no quisieran perder palabra de una plática interesante.

Tal vez para alcanzar la fecha de este retrato el tiempo tuvo que tejer una larga cadena de días mezclando en ella, alternativamente, hebras de luz con hilos de tristeza. Los años no han cambiado el semblante de la señora; sus ojos siguen siendo reflexivos y su continente severo.

¿No pudiéramos realizar el milagro de que ella misma nos hable y nos relate algún rasgo saliente de su existencia, que corresponda al período de esta fotografía? Si vosotros unís vuestro ruego al mío, su retrato hablará, yo os lo aseguro.

Escuchad lo que dice:

"Servir de tema al discurso de un académico me desconcierta y me ad-

mira. Mi humilde existencia no puede ofrecer un campo de experimentación a los psicólogos, aunque estoy segura de que vosotros abrigais la sospecha de que, además de un vestido de gro, yo tengo un alma. Reclamo mayor atención para ella y debo exigir a mi panegirista que os la muestre.

Los hechos materiales son una simple mímica de nuestra vida interna, pero no siempre acertamos a definir el soplo que los mueve. Quizás tenga más fuerza la herencia espiritual que la biológica. ¿Os sorprende que una madre de familia, educada con tan escrupuloso recato, cite una ciencia que se considera inmoral y pecaminosa?

Mi curiosidad por indagar las cosas que se mueven alrededor del hombre, fué muy grande desde mi niñez.

Cierta vez pregunté a mi confesor:

-¿En qué instante se acoplan el alma y el cuerpo? ¿Existe un almacén de ellas, o nace cada una con la primera palpitación de la carne?

Por toda respuesta el sacerdote me contestó:

-¿Vienes a confesarte, o a confesarme?

Mis progenitores me legaron aristas de su propio carácter: soy pesimista como mi padre; poco expresiva en mis afectos, como mi madre. Ella no me besó, y yo no aprendí a besar, aunque una gran ternura caliente mi corazón. Cuando veo que mis hijos corren detrás de su padre, me asalta el temor de que lo quieran más que a mí, y sufro; pero no los puedo atraer, porque mis manos desconocen el amoroso imán de la caricia.

Tal vez tenga un pudor, o un orgullo extraños, que me impiden sacar a flor de piel mis sentimientos, y creo que yo no soy la única que sufre estas pequeñas taras. Algunas mujeres solemos incurrir en el error de no provocar las caricias de los seres queridos, ¡y después nos quejamos porque ellos no nos regalan con las suyas....!

Mi esposo es muy bueno y alienta una alegría tan grande que temo que

no se sienta feliz compartiendo mi seriedad. Sin embargo, logro retenerlo cerca de mí. -¿Inercia en el hombre? ¿Imperativo de la costumbre? ¡No lo sé! Pero es posible que riendo y alborotando no consiguiese yo mi propósito.

Las mujeres, lo mismo que los hombres, poseemos fuerzas incomprensibles y alcanzamos, sin proponérselo, curiosas finalidades. He logrado que mi esposo viva como yo vivo; mis costumbres son las suyas, pero, en cambio, yo pienso como él piensa, sin que él se haya percatado de la transformación de mi pensamiento. A raíz de nuestro matrimonio lo tuve por un soñador, por un iluso; sus teorías políticas me parecieron atentatorias, irreales, falsas. Hoy considero que es el hombre más generoso de la tierra.

-¡Yo soy liberal! - me decía él con orgullo.

En pos de una definición, recurrí, a hurtadillas, al diccionario:

Liberalidad es hacer a la humanidad todo el bien posible, sin exigir por ello recompensa.

Comprendí fácilmente por qué mi esposo era liberal y lo admiré con más fuerza, muy en contra del sentimiento de toda mi familia. Entre las teorías de mi esposo que pugnan por defender al hombre del hombre mismo, y las de mi familia que se pronuncian por defender a Dios, encuentro más lógica en las primeras, pues Dios, con toda su infinita omnipotencia, no ha menester de paladines tan deleznales.

¿Y al hablaros de mí os dieron a conocer mis pensamientos? Los míos, como los de todas las gentes, oscilan entre dos puntos opuestos: los que me llegan de afuera como producto de sensaciones externas, y los que van de adentro para fuera, en un vuelo que no acaba nunca. Unos, emanados de la materia, se inspiran en las imágenes de lo que veo o en las vibraciones de lo que oigo; otros nacen del alma y están desconectados de toda reg

nes de lo que oigo; otros nacen del alma y están desconectados de toda - realidad física.

Yo no puedo creer que sean producto de un mismo proceso orgánico - los pensamientos que me impulsan a comer y a seleccionar lo que como y a quéllos que me elevan sobre la naturaleza de las cosas hasta el origen de las almas, hasta la órbita luminosa de Dios. Los primeros, abren mis apetitos carnales; los segundos, hacen brotar dentro de mí, ideas de comprensión para todos mis semejantes.

Así, rodeada de los míos, como aparezco en este retrato, vivo un instante que si no es precisamente la felicidad pudiera asemejarse a ella. No tenemos apremios económicos, y el ser madre, no me ha ocasionado la menor molestia. Cada siete años he dado a luz a un hijo, y en el lapso intermedio, los he visto crecer como una planta de mi huerto. En una sola cuna - se han mecido todos, y los juguetes del primero han sido pródigamente gastados por las manos de los otros, como una herencia de alegría.

¿Verdad que nada sabeis, porque no han sabido contároslo, de mi dulce debilidad por los juguetes? Mi niñez solitaria halló refugio en ellos y los amé con ternura mayor que a las personas. Delante de una muñeca, en un monólogo continuo, se transformaba mi carácter, y mis dedos que no han sabido nunca acariciar, sobre los rubios tirabuzones de una cabecita de - porcelana, apuntaron el remedo de una caricia.

Con gran sonrojo de mi parte he oído que os han recitado algunos versos míos, pero no pudieron deciros aquéllos que yo guardo íntimamente en el armario de las cosas cursis:

He llorado sin consuelo

porque mi mano cruel,
hizo rodar por el suelo
a mi muñeca Raquel.

Que un muñeco que se hiere,
con el afán de jugar,
es un hijo que se muere
y queda sin enterrar...

Mi esposo suele halagar mi orgullo de mujer asegurando que no me engaña. ¡Ingenuo! Yo finjo que lo creo para no descender a esas triviales - disputas en las que los hombres pierden todo disimulo y las mujeres la dignidad y la paz de su casa.

Y ya me callo, porque la discreción pone suavemente un dedo sobre mi boca..."

Acosado por las pasiones políticas, tan enconadas en los lugares pequeños, el esposo tuvo que levantar la casa y trasladarse a esta ciudad. Esto explica por qué la siguiente fotografía ostenta con letras doradas el nombre de Emilio Lange, y son notas sobresalientes en el marfil de la cartulina, el moño levantado, el aire característico de altivez y un abanico sin objeto, si se toma en cuenta la frescura de nuestra altiplanicie.

Con un rótulo de comisionista colgado sobre la puerta, un sombrero de bola y su verbosidad de pirotecnia, el señor se situó en el recinto de la clase media, cuyos derechos alcanzaban hasta llamarle al Presidente, don Porfirio a secas, cuando a él se referían, a aplaudir a Montoya en el teatro Hidalgo, a escuchar debajo de nuestra frondosa Alameda los valseos de Abundio Martínez y a leer concienzudamente las noticias de "El Imparcial".

Vino también con la familia la madre de la señora, quien con su pelo blanco, sus ojos azules y su tez sonrosada, como una viñeta a colores ilustra las tertulias de la casa.

Pero ¡cuán engañosa prosperidad y qué difícil de sostener las apariencias, ante las escrutadoras miradas de los amigos que son como los rayos X para fotografiar el interior de las casas en ruinas!

La señora no pide ropas, ni paseos, ni dinero para los gastos más precisos. Tal es su carácter, aunque le hiera saber que su esposo derrocha con un rumbo muy mexicano, girando letras en falso sobre el porvenir.

A pesar de su situación, no se duele de la pobreza. Está sola y es ésto lo único que la impulsa a quejarse, con la circunstancia de que lo hace en verso y las quejas rimadas suenan un poco a falso. Ella cree, sin embargo, que su martirio se prolonga y se aviva, cada vez que sus ojos

el papel, que componer versos, según decía Lope, es una fácil manera de hacerse difícil la vida:

El insomnio me aprieta en sus garras,
mi desvelo desvela a la luna
y se burlan de mí las cigarras:

Es la una.

Con los ojos cerrados lo sigo,
desde lejos escucho su voz
y con ansias de paz lo bendigo:

Son las dos.

Me revuelvo en la cama con ira,
y lo llamo una vez, y otra vez;
mi cerebro exaltado delira:

Sonaron las tres.

Por mi puerta se filtra la aurora,
y no viene a mis brazos mi dueño;
el reloj ya no canta la hora,

rendido de sueño.

Cuando él llega me finjo dormida,
y si él duerme, yo rompo a llorar.
El insomnio consume mi vida,
y es mi vida esperar, esperar....!

Las tribulaciones de aquella casa para ocultar su bancarrota, comenzaron el día en que hubo que pignorar un reloj, por no dejar de hacer un obsequio a una parienta en su día de días, y culminaron con la fuga de todos los objetos de valor rumbo a un piadoso Montepío, cuya piedad apenas alcanzaba a un diez y ocho por ciento de rédito cada mes.

Ningún castigo económico doblega el ánimo de esta mujer esforzada. Después pide a la sirvienta con orgullo, pretendiendo que no se entere de las minucias del hogar, cuando en él falta para subsistir, lo más preciso.

Ella puede llorar de puertas adentro, pero al arroyo no ha de correr el agua de su llanto. En su estoicismo, ni siquiera reza, que la plegaria es falaz ejercicio de la memoria y no fruto jugoso del corazón. Por no saber pedir, no pide a Dios dádivas materiales; sólo implora del cielo bríos

para contender con la adversidad, valor para no caer en pasos indignos, pero no resignación, porque ésta, más que una virtud, es una máscara que se ajustan al rostro los cobardes. Las mujeres que se resignan, están a punto de entregarse; los hombres que se resignan, no se detienen para huir a la hora del peligro; las naciones que se resignan, están siempre en camino de ser esclavas. Ella no siente la tentación de entregarse, ni de emprender la fuga, ni de ser esclava de su propio destino.

Suena la hora de seguir a su esposo y como las mujeres de la Biblia, échase el manto sobre la cabeza y recorre pueblos y más pueblos. En uno, en tierra a la madre; en otro, se le casa un hijo, y en el de más allá, le nace un nieto. Reza por la madre, llora por el hijo y sonríe por el nieto...

Su misérrima bolsa no calienta nunca una moneda.

Como jamás expone deseos de obtener alguna cosa, es extraño que, después de doce años de ausencia, un día se ilusione por volver de visita a su pueblo nativo. Los hijos la entusiasman:

-Habría que ir por las fiestas religiosas de diciembre, aunque con un presupuesto muy exiguo.

Redondean el viaje, pellizcando moneda por moneda, y lo emprenden, ella en un manso jumento; los muchachos en malas bestias de alquiler.

A través del camino se sueña y se canta:

"¡Campos de Michoacán, verdes espejos de belleza! Los lagos se tiñen con el añil del cielo, y el cielo pinta sus mejillas con las purpúreas rosas de los prados!"

Atraviesan un valle recogido, descienden por una pina ladera y bordean una laguna cuyo color rojizo sugiere su nombre: Poca Sangre.

Por todos los senderos que desembocan al camino aparecen personas que la cercan llenas de alegría.

-¿A dónde va tanta gente? -pregunta ella.

-A encontrar a usted para darle la bienvenida -contéstale sin que acierte a creerlo.

En las afueras de la población una música la recibe con una pieza que parece nueva y que, sin embargo, ella escuchó en su mocedad.

Cercada por una multitud de parientes y de amigos, entra en las calles, tan conmovida por el suceso, que no deja de hacer pucheros como un niño mimado.

Alójase en la vieja casa de los Barraganes por donde desfilan las gentes más conspicuas del pueblo; los ancianos que la conocieron de joven, y los jóvenes que se detienen a mirarla como si contemplasen un antiguo retrato de familia.

Ocho días estuvo en su tierra, visitando casa por casa, excepte la que fuera de sus padres y que sus nuevos amos convirtieron en mesón:

-Me sentiría como una ruina dentro de otra ruina -decía.

Empero, no dejaba de inquirir, con curiosidad temerosa, por los árboles de la huerta, por el pozo del patrio, por el zaguán que daba al río, por los granados del corredor cuyos frutos sangraban como pequeños corazones.

-Presiento que no volveré más a este lugar, y quisiera llevarme dentro de un relicario un puñado de polvo, como los peregrinos que visitan el Santo Sepulcro.

Y su presentimiento se cumplió. Ella, en persona, no volvería más al solar que la vio nacer, pero su recuerdo se aferraría a aquellas piedras como la hiedra al muro...

Una descarga eléctrica engendrada en el odio y en la desesperanza, brilló súbitamente y conmovió todos los ámbitos de nuestro país: ¡La Revolución! La revolución que puso a hervir en la misma marmita el dinero del ~~reel~~ rico

y la sangre del pobre, con la ilusa esperanza de que sirvieran de abono en el surco de una patria nueva.

También la mujer que evoca mi torpe palabra, experimenta la inquietud de la hora. Su esposo y sus hijos se sintieron arrollados por un movimiento popular que tocaba los puntos más sensibles de su vida: la ilusión de romper con una cadena de vicisitudes. Sin embargo, la señora, con su peculiar pesimismo, filosóficamente decía:

-Los políticos fraguan revoluciones para trepar al poder; los soldados para obtener ascensos; los fanáticos para asegurarse la Vida Eterna; - los estudiantes para recibir un título; los pobres tan sólo para comer. Y cuando los ricos hacen una revolución, los impulsa únicamente el desatentado deseo de destruir en el hombre el culto por la libertad. Es triste confesarlo, pero el ideal acaba en donde comienza el interés.

Tras de una serie de sobresaltos, debidos a la intervención que los hombres de su casa tienen en la lucha armada, un mal extraño -la púrpura -hemorrágica- hizo caer en cama, durante largos meses, a la señora.

Hasta su lecho llegaba el estruendo del combate; el estallar de los cohetes en las momentáneas victorias, y el grito airado de las balas. Sus oídos se acostumbraron a distinguir el ruido de los cohetes y el de las armas de fuego. Enojábanla los primeros, haciéndola exclamar con impaciencia:

-Esta es una odiosa diversión de tontos.

Pero cuando escuchaba el estampido de un balazo, su rostro se revestía de una trágica seriedad:

-Lo que sonó fué un tiro. ¡Pobre madre, o pobres huérfanos....!

Protestaba por lo inútil -el cohete-, aceptando como el imperativo de una ley fatal, lo trágico; el tiro.

Durante toda su larga enfermedad, un joven médico le brindó sus gene-

rosos cuidados: Ignacio Chávez, el mejor cardiólogo de México.

Quizás en la viscera de esta mujer, el sabio de ahora estudió una mínima parte de su ciencia y en sus conversaciones cotidianas, al lado de la enferma, apreció la grandeza de aquel pequeño corazón.

-Todos sus hermanos han muerto de lesiones cardíacas y en la plenitud de la vida -decían sus familiares aguardando con honda pena un triste desenlace.

Pero la muerte suele jugar con sus víctimas e indultarlas a última hora, resarciéndose en cambio, con quienes no sospechan la inminencia del golpe.

Ella se reintegró a la vida, con la vida que le inyectara la mano prodigiosa de Ignacio Chávez, y su carne parecía tan frágil que se hubiera podido romper con una caricia.

He regresado de un largo viaje
y estoy bañada de eternidad.
¿Tú me preguntas lo que te traje?:
Una estrellita para tu traje
y un alma limpia de vanidad...

De pronto cayó el esposo herido por una flecha de invierno que le destrozó los pulmones. Ella recibió la noticia sin aspavientos de dolor: ni gritos, ni sollozos. Un sobrio comentario salió de su boca:

-Cuando el plato se rompe, no tarda la taza en hacerse añicos.

Y, al decirlo, más que un lamento, estremecía su voz una esperanza...

V

He aquí el último retrato del álbum.

Las canas le cercan la cabeza como si fuese un velo nupcial; por detrás de los espejuelos sus ojos nos miran con una atención desconcertante y su boca se aprieta para cerrar el paso a las verdades, a esas que suele decir en pleno rostro de las gentes, sin que nada ni nadie la cohiba. Privilegio que se arroga la edad y la experiencia.

¡Esta mujer se va quedando sola! Sola como un torrero en su atalaya, con los ojos fijos en los astros; incommovible ante las tempestades de la tierra y del mar.

Es la única que resta de todos sus hermanos. A la muerte del esposo siguió la del hijo mayor, el preferido, y su recuerdo es como un hierro ardiente que le quema el alma, pero no se queja.

El otro hijo varón ha logrado subir, aun sin proponérselo. Tiene amigos de valimiento y lealtad suficiente para conservarlos. Se roza con personas de un elevado espíritu, de quienes él pretende imitar las buenas acciones. Hasta intenta correr por hombre inteligente, pero tropieza con un obstáculo insuperable, que el talento necesita demostrarse con obras, y no con afirmaciones verbales.

Una hada protectora lo lleva de la mano por diversos caminos. Ha sido aprendiz de escritor, aspirante a diplomático. Como escritor, realiza largos viajes, y como diplomático, ha publicado algunos libros.

Esta mujer de la nieve en el pelo, tan arraigada a su parroquia, no

xx

por no dejar de ver al hijo que le queda, lo ha seguido en sus lejanas co

amargura:

-Muy grandes, sí, muy hermosas; pero como mi pueblo ninguna.

Quando vivo en tierra extraña
tan sólo pienso en la mía:
cielo azul, verde campaña,
fresco gajo de alegría.

¡Estoy en la bella España!
Pero no es mía.

Su hijo sintió siempre más respeto por la censura literaria de su madre que por la del crítico más exigente.

Dejóle en cierta vez el original de un libro para conocer su opinión, y ella, después de leerlo, le dijo:

-Si le quitas las malas palabras, los nombres propios y las referencias indiscretas, podrías publicarlo.

El autor, desencantado, quemó el manuscrito, pues todo él estaba -
construido con odio, con nombres de personas respetables y con fuertes vocablos.

En vísperas de todo viaje, ella condicionaba su compañía:

-Prométeme que no me dejarás en tierra extraña.

Con esa hiperestesia de los viejos, la hería cualquier mínima cosa. No toleraba que cerca de ella se hablase en voz baja:

-Algo traman. Todo me lo ocultan. Ya soy una carga inútil.

Escuchad sus lamentaciones:

Qué triste es estorbar
y conocerlo,
y sin darlo a saber
hay que aceptarlo,
y acallando las penas
todo amarlo,
y con serena calma
todo verlo.

Todo lo ven los viejos
declinando,
cuando la triste vida
se va yendo,
gastada toda entera
en irse dando,
y a fuerza de pesares
ir muriendo...

¿Es la simple materia que se queja al desmoronarse, o es el alma que se dispone a emprender el último vuelo?

¿Es ella quien expresa su desencanto, o es una copla de Jorge Manrique que viene hasta nosotros por un túnel de siglos?

La vida es una escala de sentimientos monótonos, iguales, sin discriminación de tiempo. El dolor del pasado será el dolor del porvenir.

Lejos de su patria, en una madrugada calurosa, su cabeza se dobló sobre el pecho, como un puente que se rompe sobre un abismo, como un eslabón tirado entre dos mundos: el de las virtudes antiguas y el de las aspiraciones modernas.

Y el llanto fué inevitable, a pesar de su recomendación postrimera:

Si en la nada me pierdo,
si con mi ausencia padecéis quebranto,
¡no me lloreis, que el llanto,
ahogaría lentamente mi recuerdo....!

El inventario de sus bienes cabe en una hoja de papel:

Un traje negro, que le sirviera de uniforme en sus soledades;

Un manuscrito de versos;

Unos cuantos retratos de familia;

Una Imitación de Cristo.

¡Ah, dormido entre las páginas del Kempis, he encontrado un billete de a cinco pesos! ¡Toda una fortuna! ¡Habríase vuelto avara al final de los años? Pero, esperad. Junto al billete hay un papel que dice: Para una

misa después de mi muerte...

La misa la he oficiado yo y vosotros la habeis oído devotamente.

Con una voz tomada por la emoción, honda de gratitud, os digo:

"Idos, la misa está dicha..."

OBSERVACIONES:

10 lines for observations

NOMBRE
ROMERO, J. Rubén
LUGAR



PREFIERA UD. SIEMPRE ESTA MARCA EN ACCESORIOS Y SISTEMAS PARA ARCHIVO.

Porque:
LOS MATERIALES EMPLEADOS SON A BASE DE GRAN CALIDAD
SUS MEDIDAS SON EXACTISIMAS
LA PERFECCION EN SU ACABADO, RESPONDE SATISFACTORIAMENTE A CUALQUIERA EXIGENCIA.